

única fuerza; convencidos, por otra parte, de que la gratitud política, como toda cosa humana, tiene sus límites y de que el apoyo prestado por ellos, desde hacía un año, á Richelieu y á sus colegas había pagado ya con creces la deuda de la derecha con el gabinete, uno y otro habían anunciado, en efecto, pocos días antes de terminar la legislatura, su resolución de retirarse del ministerio. En vano, para retenerlos, Richelieu, Serre y Pasquier, ofreciendo sacrificar á Portal, hicieron proponer á Villèle el ministerio de Marina, y á Corbière un nuevo departamento ministerial compuesto de la instrucción pública, que ya tenía en sus manos, y de los cultos, que habían de segregarse, en tal caso, del ministerio del interior; los dos representantes de la derecha no dieron más que contestaciones evasivas; y como no tenían carteras que dejar, no enviaron sus dimisiones, sino que dejaron de asistir á los consejos de ministros y salieron de París para volverse á sus provincias.

Esta retirada anunciaba para la próxima legislatura un rompimiento abierto entre el ministerio y la derecha; la seguridad de una lucha decisiva, señal del inevitable y próximo triunfo de la opinión realista, acrecentó la energía de los hombres de este partido, é imprimió un nuevo impulso al trabajo de propaganda emprendido por los jefes de la *Congregación*, ese poder *oculto*, cien veces denunciado en la tribuna por los diputados liberales, y cuya acción se dejaba sentir en todas partes sin manifestarse abiertamente en ninguna.

Desde 1816, esta asociación secreta no había cesado de progresar; el P. Ronsin, de la Compañía de Jesús, había sucedido al P. Legris-Duval, fallecido en 1819, en la dirección espiritual de la *Congregación*. Al crearse ésta había en Francia pocos jesuitas, y estos pocos vivían aislados, ocupándose en enseñanzas particulares y disimulando con cuidado su verdadero título. Hicieronse más emprendedores durante los últimos años del Imperio, pero aun sólo se atrevían á adoptar las denominaciones de *ligoristas*, *paccanaristas* ó *padres de la fe*; después de la segunda restauración borbónica, aumentaron rápidamente en número y en riquezas. Poseedores, en 1821, de varios establecimientos de enseñanza muy importantes en Lyon y en otras ciudades de provincia, habían fundado á las puertas de París, en Montrouge, un establecimiento profeso, una casa madre, donde, renunciando al secreto que hasta entonces había rodeado su existencia, habían vuelto á tomar su nombre y establecido el centro de su influencia. Sabido es que los jesuitas, sometidos á la obligación de una obediencia absoluta, abdican toda libertad, toda voluntad propia, en provecho de la Compañía. Siendo el P. Ronsin director de la *Congregación*, éste se hallaba, por segunda vez, bajo la dirección efectiva de la Compañía de Jesús, viniendo á ser, sin que muchos de sus socios lo sospecharan, una verdadera afiliación á la orden de los jesuitas. Estos padres hubieran faltado á la habilidad proverbial de su orden y aun á las prescripciones de su instituto, si hubiesen limitado sus esfuerzos al aumento de la *Congregación* propiamente dicha. El carácter religioso de esta asociación y los deberes de devoción impuestos á los iniciados eran para alejar á muchos jóvenes ú hombres de mundo, y el silencio y el misterio de sus reuniones podían alarmar á esa multitud de

gente tímida á quien todo compromiso trastorna y que ve un peligro en toda organización secreta. Para esos, los directores de la *Congregación*, á principios de 1821, resolvieron establecer, bajo diversos títulos, reuniones y conferencias públicas que tenían por fin aparente el propagar las sanas doctrinas de la moral y de la política.

Desde luego, los periódicos y folletos realistas, las pastorales de los obispos y los sermones de los predicadores, como obedeciendo á una consigna, lanzaron quejas y acusaciones contra las máximas impías y antisociales de los filósofos del siglo XVIII y de los escritores de la Revolución. Luego, cuando creyeron haber llamado bastante la atención pública sobre los peligros de aquella falsa ciencia filosófica y revolucionaria, que eran, decían ellos, la fuente del extravío de los espíritus y de todas las desgracias que habían azotado á Francia desde hacía treinta años, anunciaron ruidosamente la fundación de una *Sociedad de buenos libros*, de una *Sociedad de buenas letras*, de una *Sociedad de buenos estudios* y de una *Asociación para la defensa de la religión católica*.

La *Sociedad de buenos libros* tenía por objeto la publicación de obras de moral, de ciencia y de historia, destinadas á no dejar en la memoria y á no ofrecer al espíritu más que hechos y doctrinas que no pudiesen debilitar en manera alguna el respeto y la obediencia debidos á la religión y á sus ministros, á la dignidad real y á sus representantes; igualmente había de revisar ó, mejor dicho, refundir con el mismo objeto los antiguos autores latinos y franceses más usuales.

La *Sociedad* llamada *de buenas letras*, así denominada por oposición á las *bellas letras*, era una especie de ateneo puesto bajo el patronato de Chateaubriand y en el cual se daban cursos y lecturas. Pronto acudieron á ella muchos ambiciosos de esos que en todos los momentos de crisis política expían las probabilidades del resultado de la lucha y se ponen en condiciones de mezclarse con los vencedores á fin de reclamar su parte del éxito. Entre los concurrentes más asiduos á la *Sociedad* figuraban muchos pares de Francia, diputados, generales y hasta banqueros.

La *Sociedad de buenos estudios* era una institución para la juventud escolar, y principalmente para los alumnos de la Escuela de Derecho, que reunía en conferencias en que se acostumbraban al ejercicio de la palabra discutiendo, bajo la dirección de juriconsultos congregacionistas, sobre cuestiones de derecho público ó privado. Estas conferencias, en que no se toleraban más que tesis favorables á la soberanía pontifical y al poder absoluto de los reyes fundado en el derecho divino, fueron el plantel de los magistrados de la Restauración en sus últimos años.

No se había prescindido de las mujeres en los esfuerzos de esta propaganda; los jefes de la *Congregación* habían fundado para ellas Cofradías consagradas á la *Adoración del Sagrado Corazón de Jesús* y del *Sagrado Corazón de María*; cofradías que no sólo proporcionaban á las doctrinas del P. Ronsin y á los miembros de su orden prosélitas fervorosas, sino que aumentaban considerablemente los ingresos de la Compañía de Jesús por medio de incesantes colectas, legados y donaciones.

En fin, una *Asociación* llamada de *San José* estaba destinada á extender la acción de la *Sociedad* entre los obreros sin trabajo y los domésticos sin colocación.

No hay que confundir la *afiliación* congregacionista con la *iniciación* propiamente dicha. Todas las Sociedades y Asociaciones que se acaban de citar formaban otros tantos grupos distintos *afiliados* á la *Congregación* por medio de sus jefes y miembros más influyentes, sin ser, sin embargo, la *Congregación* misma. Esta conservaba su constitución y su carácter propios, disimulaba con cuidado su existencia lo mismo que su acción, y proseguía enérgicamente su obra, teniendo siempre secretos sus principios, sus sesiones y sus iniciaciones.

El domicilio principal de la *Sociedad* continuaba siendo el edificio particular de las Misiones extranjeras, donde gozaba de completa independencia. Su organización era la siguiente: para la *Sociedad* tomada en el conjunto de sus diferentes reuniones de París y de provincias, un director general espiritual, el P. Ronsin, y dos directores laicos, Julio de Polignac y Mateo de Montmorency. Cada *Asociación* particular tenía una organización especial compuesta uniformemente de un eclesiástico *director*, de cinco *dignatarios* con los títulos de prefecto ó presidente, vicepresidente, tesorero, vicesecretario y secretario, y de seis ú ocho consejeros laicos, según el número de socios. La importancia excepcional de la reunión que se celebraba en las Misiones y que presidía personalmente el director general, había hecho nombrar un lector, un portero, un sacristán y un vicesacristán, empleos que constituían igualmente una dignidad muy solicitada. Todos estos cargos duraban un año, siendo los titulares renovados el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción de la Virgen, fiesta patronal de la *Sociedad*. Las sesiones eran quincenales y se celebraban con arreglo á un riguroso ceremonial.

El dignatario que desempeñaba las funciones de *portero* se colocaba á la puerta de la capilla y ofrecía agua bendita á cada socio que llegaba, preguntándole si tenía intención de comulgar. Si la contestación era afirmativa, el portero tomaba nota en un cuadro destinado á indicar el número de hostias que había que consagrar. Pasada la puerta, el congregacionista se detenía, se arrodillaba, oraba é iba luego á sentarse silenciosamente en uno de los bancos alineados delante de un estrecho recinto en que se celebraba la misa. En el fondo de este recinto reservado, que cerraba una verja no muy alta, se alzaba una bandera en que los congregacionistas habían de tener constantemente fijos los ojos y en que se leían estas palabras, divisa de la *Congregación*: *Cor unum et anima una*. Mientras iban llegando los cofrades, el dignatario que hacía las veces de *lector* leía en alta voz algún pasaje de la Vida de los Santos. Cuando se consideraba que la reunión era completa ó poco menos, dos socios en las ceremonias ordinarias, y cuatro en los días festivos, hacían las veces de *servientes* ó *asistentes*, funciones muy codiciadas y preludio habitual de algún alto favor político ó administrativo, entraban en la sacristía y no tardaban en reaparecer, acompañando al P. Ronsin, que subía en seguida al altar y empezaba la misa. Al llegar el momento de la comunión, los socios que habían de tomarla se presentaban de cuatro en cuatro, asistidos de los *servientes*, re-

cibían la hostia y se volvían á su puesto. La *Congregación* permanecía arrodillada todo el tiempo que duraba la misa, excepto durante el Evangelio, y una vez terminado el oficio divino, entonaba el *Magnificat*. Concluido este cántico, el P. Ronsin abandonaba la sala, acompañado de los *servientes*; los cofrades recitaban entonces el *De profundis* ó el *Miserevere*; volvían á salir los *servientes*, colocaban un sillón ante el altar, entraban de nuevo en la sacristía y otra vez salían acompañando al P. Ronsin, que tomaba asiento en aquel sitial privilegiado y dirigía á la asistencia un sermón ó una homilía. Después de la plática, y cuando asistía á la sesión alguna *visita* de provincia ó de París, el P. Ronsin la invitaba á edificar la *Congregación* con el relato de los trabajos de los cofrades de su departamento ó de su barrio. Si había fallecido algún hermano de alta dignidad ó de notable devoción, el director hacía su panegírico. Desde aquel momento la sesión perdía su carácter religioso para convertirse en una reunión mundana; la capilla se transformaba en un verdadero salón en que el director, mezclado con los cofrades, hablaba de los asuntos del día, de la marcha de la administración, en una palabra, de las medidas que parecían deseables en el interés bien comprendido de la religión y de la monarquía.

Las sesiones de la *Asociación* de las Misiones no se diferenciaban de las celebradas por los demás grupos congregacionistas de París y de provincias sino en el carácter excepcional que les daban el alto rango de su director y la posición social de sus miembros. En las misiones, como en los demás centros de la *Sociedad*, las formalidades que se acaban de describir no eran modificadas sino con motivo de la solemnización de ciertas fiestas y de la ceremonia de las iniciaciones.

Toda admisión en la *Sociedad* era rodeada de precauciones minuciosas. Desde luego el postulante tenía que hacerse presentar ó por un padre jesuita ó algún cura amigo de esta orden, ó bien por varios congregacionistas que solicitaban para él una corta entrevista con el P. Ronsin ú otro director cualquiera; si el resultado de esta audiencia era favorable, el postulante pasaba á ser *probacionario*, título que le daba derecho á asistir á las reuniones quincenales, hasta que el director resolviese en definitiva sobre su situación. Sometido durante este tiempo de prueba á la vigilancia de inspectores secretos, el *probacionario*, en caso de obtener al fin su inscripción en la lista congregacionista, era recibido con las formalidades siguientes: el día señalado, ocupaba su sitio ordinario en el *banco de probación*, desde donde oía la primera parte de la misa, y cuando el oficiante llegaba á la comunión, dos *servientes* venían con toda solemnidad á buscarlo y lo acompañaban hasta el pie del altar. Una vez allí, postrado de hinojos y con un cirio encendido en la mano, pronunciaba en latín la siguiente fórmula, invocación y juramento á la vez, dirigida á la Virgen, Patrona de la *Sociedad*, y cuya traducción es ésta:

«Santa María, Madre de Dios y Virgen: yo (el recipiendario pronunciaba aquí su nombre) te elijo hoy por Señora, Patrona y Abogada, y me comprometo firmemente á no abandonarte jamás, á no decir ni hacer jamás cosa alguna contra tí, ni permitir que por mis subordinados se haga cosa alguna contra tu honor. Te ruego, pues, que me aceptes por servidor perpetuo; así-



teme en todos mis actos y no me abandones á la hora de la muerte. Amén.»

Después de esta invocación, el recipiendario comulgaba y era conducido por los mismos *servientes*, no ya á su primer sitio, sino á uno de los bancos reservados á los congregacionistas. Terminado el oficio, y cuando la sesión cesaba de tener su carácter religioso para transformarse en una simple reunión, el director llamaba al nuevo iniciado, lo abrazaba, lo presentaba desde luego á los dignatarios y después á los demás cofrades, que le felicitaban por su admisión con acompañamiento de apretones de mano.

Además de su divisa *Cor unum et anima una*, la Congregación tenía una insignia, consistente en un anillo de oro ó de plata, cuyo aro presentaba, en la parte exterior, una división de diez granos con los cuales se podía rezar el rosario, y en su centro un pequeño medallón en que estaba grabada una cruz ó un Sagrado Corazón. El P. Ronsín, por humildad, llevaba un simple anillo de plata.

Así como en la composición de las diversas asociaciones *afiliadas* á la Congregación se hallaban los mismos contrastes que presentaba la organización social; así como la *Asociación de San José*, por ejemplo, se componía únicamente de obreros y criados, mientras que la *Sociedad de las buenas letras* sólo tenía por miembros á hombres y muchachos de casas ricas ó clases elevadas, así también existían iguales contrastes en los grupos que componían la Congregación. En la escala de los grupos establecidos en París se hallaban: abajo, la *Congregación de San Nicolás*, situada en un barrio populoso y pobre, y compuesta en su mayoría de obreros, pequeños industriales y pequeños comerciantes; arriba, la *Congregación de las Misiones extranjeras*, entre cuyos doscientos noventa miembros figuraban tres individuos de la familia real, un príncipe, dos duques, quince marqueses, treinta y cuatro condes, ocho vizcondes, veintidós barones, treinta y cinco caballeros, y varios ministros, pares de Francia, diputados, generales, magistrados y prefectos. Los miembros de este grupo privilegiado se hallaban en la fuente de toda fortuna. Los más fervorosos ó los más encumbrados obtenían á veces, por recomendación del P. Ronsín, el raro privilegio de visitar á los jesuitas de Montrouge, y llegar al último grado de la perfección piadosa haciéndose admitir por los reverendos padres en clase de *jesuitas de levita*, favor considerable y siempre obtenido á costa de una abnegación sometida á las más extrañas pruebas. Tales hombres no podían menos de odiar la libertad civil y política, y hacían una guerra secreta á las instituciones que, sin embargo, les apoyaban.

No era, en efecto, una guerra abierta la que el partido religioso hacía á las instituciones nacidas de la Revolución; este partido se esforzaba en minarlas sordamente en el espíritu de las nuevas generaciones, por medio de libros, folletos, revistas y discusiones públicas en que el derecho divino y el poder absoluto eran preconizados, y en que se desarrollaba la doctrina de que para los pueblos como para los reyes el catolicismo es la fuente de toda luz, y sus dogmas los soberanos de toda ciencia, superiores á la ciencia misma. Obedeciendo á una especie de consigna, todos los congregacionistas y los miembros de todas las Asociaciones afiliadas,

curas ó seglares, adoptaron de pronto para texto de sus escritos, de sus conferencias y de sus sermones, la *superioridad de la fe sobre la ciencia y de la piedad sobre la instrucción mundana*. Merced á tales esfuerzos, el partido religioso había logrado, en 1820, acaparar casi enteramente la instrucción primaria, con el concurso del Instituto de los *Hermanos de la Doctrina cristiana*, que en todas partes hacía colocar en el puesto de los maestros laicos. Sus tentativas para invadir la segunda enseñanza y los estudios superiores no tuvieron igual éxito, pues se estrellaron contra la enérgica resistencia de Royer-Collard, presidente del consejo de la Universidad desde 1815. Pero después que la real orden de 21 de diciembre hubo introducido, por primera vez, en el gobierno á dos miembros de la Congregación, Villèle y Corbière, este último, que no había aceptado el título de ministro sin cartera sino con la condición de dirigir la instrucción pública, se apresuró á abrir en esta administración una brecha bastante ancha para que por ella pudiesen colarse sus doctrinas y los hombres de su opinión. Dos meses después de su nombramiento, el 27 de febrero de 1821, hizo firmar á Luis XVIII una real orden que reorganizaba la Universidad sobre las bases de «la Religión, la Monarquía, la Legitimidad y la Carta,» confiando á los obispos el cuidado de ejercer sobre los colegios el derecho de vigilancia en materia de religión; disponiendo que el consejo real pudiese conceder á los establecimientos particulares de enseñanza que hubiesen merecido la confianza de las familias, tanto por su dirección religiosa y moral como por la fuerza de sus estudios, los mismos privilegios de que gozaban los colegios reales y municipales; autorizando á cada cura rural para dar instrucción á dos ó tres jóvenes con destino al Seminario, y exceptuando á estos alumnos de toda retribución universitaria. Al mismo tiempo introdujo en las altas funciones de la Universidad á varios curas que entronizaron en ella toda clase de intolerancias y prejuicios.

Por otra parte, los misionistas, grupo distinto de la Congregación propiamente dicha, pero animado de su espíritu y obedeciendo al mismo impulso, continuaba en toda Francia sus predicaciones piadosas. El 4 y el 6 de marzo, los periódicos señalaban su presencia en Reims y en Cherburgo. En la primera de dichas ciudades, después de innumerables conversiones y de una comunión general de tres mil fieles, quince misionistas, al son de una música guerrera, teniendo por jefe al P. Forbin Janson; por cortejo á los dos obispos de Soissons y de Amiéns, cien curas de las parroquias inmediatas y todas las autoridades civiles y militares del departamento; por escolta la guardia nacional y setenta mil espectadores que daban gritos de «¡viva la cruz!, ¡viva la religión!, ¡vivan los Borbones!» habían pasado bajo catorce arcos de triunfo, y plantado en un calvario, construido con el concurso de más de ocho mil personas, una cruz de setenta y dos pies de alto y doce mil libras de peso.

Igual éxito habían tenido los misioneros de Cherburgo. Después de largos ejercicios asiduamente seguidos por la población, y terminados con numerosas conversiones y una procesión general, á la que asistieron todas las autoridades locales y toda la oficialidad de mar y tierra, habían presidido á la botadura y á la ben-

dición de la fragata *Clorinda*. La prensa pregonaba las conversiones obtenidas en el ejército por los esfuerzos del clero; ora un pelotón de granaderos de la guardia real recibían el bautismo ó la primera comunión; ora numerosos destacamentos de oficiales y soldados subían á los calvarios, se arrodillaban delante de cada estación entonando cánticos, se confesaban y comulgaban, retirándose luego á los gritos de *¡viva la cruz!, ¡viva la religión!, ¡viva el rey!* Los obispos publicaban contra el espíritu de rebelión y de impiedad contenido en las obras de los filósofos del siglo XVIII largas pastorales que los periódicos realistas se apresuraban á reproducir, y en las cuales prohibían la impresión, la venta y la lectura de dichas obras, bajo la pena de excomunión.

Mientras el partido realista se esforzaba en extender así su influencia sobre todas las clases de la sociedad, los adversarios de la Restauración concitaban á la masa de intereses desatendidos ó amenazados para que opusiesen resistencia á las pretensiones de los hombres del antiguo régimen, y encontraban doquiera numerosos elementos de lucha. No había puesto en Francia más que para los curas y los emigrados, y contra esto clamaba el pueblo. Durante tres años, de 1817 á 1820, el partido liberal había podido abrigar la esperanza de llegar á modificar las tendencias y la marcha contrarrevolucionarias del gobierno por la vía legal, mediante elecciones sucesivas que dieran la mayoría á sus representantes en la Cámara; pero aquella esperanza no era ya posible; la ley del doble voto había cerrado el paso á los cambios pacíficos; la contrarrevolución iba fatalmente á dominar; de ahí, en la convicción de los opositoristas más enérgicos, la necesidad de acudir al recurso extremo de las opiniones y de los intereses oprimidos: los complots y la rebelión.

Bajo la segunda Restauración borbónica, Francia ofrecía el extraño fenómeno político de una nación agitada en sentidos contrarios por una doble organización de sociedades secretas, cuya existencia fué simultánea, siendo paralela su acción y opuesto su fin. Las unas se habían establecido para hacer retroceder á Francia á la época anterior á 1789; las otras se habían fundado para mantenerla en el terreno conquistado por la Revolución. A las primeras las inspiraban individuos del clero, las sostenía el presunto heredero de la Corona, las formaban palaciegos, pares de Francia, diputados, magistrados, generales, funcionarios de toda clase, y estaban destinadas á invadir progresivamente todas las altas posiciones políticas y á apoderarse del gobierno. Las segundas se hallaban dirigidas por algunos diputados, compuestas de hombres y de muchachos de la clase media, de oficiales subalternos y sargentos, y habían de disolverse en la cárcel ó en el patíbulo. La publicidad de numerosos debates judiciales no tardó en levantar los velos que cubrían las conjuraciones organizadas en nombre de la libertad; la luz se hizo más lentamente sobre la Congregación. Fué fenomenal la discreción con que una sociedad formada de cuarenta ó cincuenta mil personas disimuló ó negó su existencia durante más de quince años. Pero ya hemos dado á conocer la organización congregacionista; vamos á referir la formación de las sociedades secretas liberales.

Con razón los contemporáneos dieron á la conjuración abortada en París el 19 de agosto de 1820 el nom-

bre de *conspiración militar*. La idea del complot, su organización, el empleo de sus fuerzas, pertenecían exclusivamente á oficiales del ejército; el elemento civil no intervino sino á título de fuerza auxiliar. Pero este último concurso, aunque secundario, bastaba para comprometer la libertad y aun la vida de los hombres políticos que habían ayudado á la conjuración con sus consejos, sus estímulos y su dinero. Temiendo llamar sobre ellos una atención ya puesta al acecho por las semi-confesiones de Berard y otros acusados, los hombres á que nos referimos permanecieron inactivos y silenciosos mientras duró el proceso. Pero una vez terminada la instrucción de la causa, y cuando creyeron que podían estar tranquilos sobre los resultados de su complicidad, varios de ellos se esforzaron en vano, á partir de los últimos días de enero de 1821, para reanudar la trama rota el 19 de agosto anterior, sin sospechar que, desde hacía algunos meses, el mismo odio que tenían al gobierno de los Borbones había creado, en los departamentos del Oeste, una vasta asociación política secreta que contaba millares de afiliados en ambas márgenes del Bajo Loira.

Esta asociación tuvo su origen en los acontecimientos de la primera Restauración. En enero de 1815, cuando las faltas de Blacas y de sus colegas agitaban á todos los espíritus, la casualidad reunió en el hotel del Perigord, calle de La Harpe, á varios oficiales que se habían quedado sin empleo á consecuencia de la reducción del ejército. Condenados á la ociosidad y abrigado contra el nuevo orden político los mismos resentimientos, trataban, en sus conversaciones diarias, de los medios de derribar á los Borbones y de reponer á Napoleón. En todas partes se hablaba de complots, y ellos también quisieron conspirar. Como casi todos estaban condecorados, concibieron el proyecto de organizar una sociedad insurreccional de *caballeros de la Legión de honor*. Uno de ellos, cirujano de la antigua guardia, el mayor Grandmenil, hizo observar que limitar los asociados á los individuos de esta orden era ir contra el objeto de la asociación; que era preciso ensanchar el círculo en vez de restringirlo, atraer en vez de excluir, escoger desde luego un título que fuese una especie de llamamiento á los patriotas de todas las clases sociales, y propuso la denominación de *caballeros de la libertad*. Su proposición fué aceptada; pero la asociación no tuvo tiempo de extenderse; sus miembros se dispersaron á la vuelta de Napoleón de la isla de Elba, y, pocos meses después, el licenciamiento del ejército del Loira obligó al cirujano Grandmenil á retirarse á su pueblo natal, situado en las inmediaciones de Saumur.

Hemos explicado el abatimiento y el silencio de los adversarios de la Restauración después del segundo retorno de los Borbones, el despertamiento político que siguió á la real orden del 5 de septiembre, su desarrollo y sus progresos desde 1817 hasta 1820. Saumur pasó por las diferentes fases de aquel movimiento de opinión liberal, con la particularidad de que varias circunstancias locales daban allí una vivacidad y un acuerdo excepcionales á la excitación de los ánimos. Colocados en la línea central de los departamentos sublevados contra la República en nombre de la Religión y de la Monarquía; dueños de uno de los puntos que servían de comunicación al Poitou, el Anjou y el Maine, los habi-